

Luego de cincuenta años

Algo de tu nombre quedó en mi boca, un sabor a avellanas tostadas, de esas tardes cuando caminar en la lluvia, saltar charcos y jugar a deshacer nuestros rostros era solo eso, un juego.

Cuando tu nombre se convirtió en peligro y debía mirar por encima de mis hombros, debajo de las costillas, cuando olía chaquetas húmedas e identificaba pasos, me obligué a transformarte en Miguel, tuve que despojarte del profe de educación física que alimentaba esperanzas en liceanos, un hombre simple y claro que devolvía a sus cuerpos bríos, un amable espejo donde mirarse.

Te convertí en vendedor viajero que llevaba mercaderías, algunos cachivaches y las primeras radios RCA a pueblos cercanos y me repetí tanto esta historia y sus detalles que Loncoche, Gorbea, Melipeuco y Lautaro se volvieron una geografía conocida. Aunque me hubieran sacudido en la parrilla, no habría habido otras señas de identidad.

Entre tintas invisibles, esténciles borroneados, mimeógrafos, casas clandestinas, te fuiste sumergiendo más allá de mis confines y de tanto desconocerte, te empecé a olvidar y de tanto olvidarte, te olvidé.

Pude entonces caminar por las calles fumando un Hilton, entonar en silencio a Silvio, hasta que la batería de mi walkman deshilachaba tanto su voz que la volvía un chirrido insufrible.

Una tarde de primavera cuando los cerezos comenzaban a florear, en una plaza donde las hierbas aún combatían el ripio de los obreros del PEM y el POJ, Isabel me contó que el vendedor viajero que alojaba de vez en cuando en su casa, no era Miguel, tampoco Víctor y menos aún Andrés. Algo en mí sonrió al volver a encontrarte, algo en mí se congeló cuando Isabel asustada me susurró ¿qué hago con este nombre? Lo escondimos tan bien que nunca más alguien supo y fue tan profundo tu entierro que nuevamente te perdí.

Otros charcos, otros amores fueron dejando algunas esquirlas, secretos nunca confesados, un par de abortos y una hija que ya no es, salvada del calvario de su postración, una que me llevaba a desear su muerte y su compañía, estirada en direcciones contrarias hasta que la fragilidad decidió por mí. Tuve también en el juego de las pasiones amantes que mis parejas no conocieron, siempre aventuras ocasionales cuando no me sentí escuchada ni comprendida y entonces un conocido se acercaba y pasaba lo que siempre ocurre. A veces me sorprendía de mí, que tan poco hiciera tanto, que mi hambre de amor se contentara aunque fuera por unas pocas horas. Ahí supe que es difícil reconocerse, me enteré de que más de alguna

vez hacía lo contrario de lo que decía, que bastaba un gesto de ternura y algo en mi saltaba como si mi piel reseca no pudiera tolerar más deshidratación. Parece que nunca nos conocemos lo suficiente aunque creamos que la confianza limpia todo recoveco y que todo sale finalmente a la luz.

Ahora que me veo a los setenta años abandonada de vida y esperanzas, sé que de ti guardé algo más que el olvido. Ahora que te encontré, no quiero volver a sentir ese sabor a avellanas ni saber, en el desvelo, que llevas más de treinta años junto a otros sin nombre ni cuerpo propio, apilado en una caja de cartón de Carozzi. No quiero saber que lo que hay de ti son las astillas que dejó una bala, el fragmento de una muela que una pala no recogió. No quiero saber que la desidia y el miedo, la insensibilidad y el desamor son los charcos de estas escasas lluvias. Quiero creer que tu cuerpo y tu nombre perduran, que nos encontraremos en esos callejones desconocidos del primer amor, que tus canas y las mías podrán desdibujarse y que caminaremos hacia atrás cuando el futuro se veía en arco iris, cuando aún no sabíamos que nos desconoceríamos y que miles perderían su nombre, su cuerpo y mucho más.